

La exaltación y la quiebra

Raúl Dorta

Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades
Universidad Autónoma de Puebla

Quien lea con atención los evangelios terminará convenciéndose de que la crucifixión de Jesús, ocurrida en una víspera de sábado, es uno de los pocos hechos de cuya historicidad se puede estar seguro. Y de que ese día, sobre todo, él tenía vastísimos motivos para sentir que su iniciativa personal había terminado en el fracaso. Volviendo con ecuanimidad sobre aquellas narraciones uno se ve tentado a imaginar que ese sentimiento habrá sido para él aun más poderoso, aun más abrumador que los tormentos de su cuerpo en agonía. Estamos hechos de tal modo que ante un hombre que muere torturado muestra urgencia es saber qué cosas últimas pasaron por su espíritu, sobre cuáles imágenes se cerraron sus ojos. Quizá los trastornos de la respiración, me digo pensando en la agonía de Jesús, las desgarraduras de la carne, la herida de la sed, el asedio del sol y de las voces le impedirían toda reflexión, pero aquella hora que le fue tan adversa, aquella absoluta inertitud no podían llegar hasta su espíritu sino como una consecuencia de las ominosas jornadas que su pasión lo había hecho recorrer. Quizá en ese momento no podía sentir sino esa oscura cosa y su propia pasión ya comenzara a resultarle inexplicable.

Apremiada por todas las señales del final, la vida pública de Jesús fue breve y se movió entre la exaltación y la quiebra. Recorrió un racimo de aldeas olorosas a pescado mostrando que tenía poderes para obrar y decir cosas de asombro, y ese recorrido le deparó el desbordado, el exigente, el frágil entusiasmo de gente menesterosa a la que en ocasiones debió hablarles montado sobre una barca, defendido por las aguas, para evitar que sus reclamos y sus llagas terminaran sofocándolo. Desde allí, dicen, o sobre un monte, o junto a un caserío, describía ese Reino de misericordia

infinita donde los últimos serían los primeros. Pero aquella gente –siempre más sensible a los golpes del prodigo que a las revelaciones de su palabra– nunca entendió que lo que importaba no eran las curaciones súbitas sino la posibilidad, la necesidad de transformar radicalmente la vida. Que se trataba de otra cosa: de que el mundo es un lugar insopportable y que sólo se puede vivir en el deseo de hacer otro. Es posible también que las curaciones, obradas a veces a regañadientes, no siempre recayeran sobre los más ansiosos y eso colaborara para enfriar la de todos modos errática atención a las paráboles. Pero la gente pidió y recibió y no lo escuchó, puede decirse, y más tarde o más temprano desistió de seguirlo, razón por la cual, decepcionado, hubo de maldecir a aquellas pobres estaciones que tantas veces le habían arrancado los beneficios de su milagrería: Corazín, Cafarnaún, Betasaida. Y cuando, poco más tarde, no sin crispación, acompañado por una decena de hombres más bien rudos y por algunas mujeres de fidelidad silenciosa decidió instalarse en Jerusalén para librarse allí la gran batalla, su fortuna no cambiaría. Por el contrario. En Jerusalén, donde la credulidad era menos frecuente, no hubo ya casi milagros sino discusiones; ásperas, duras discusiones que día a día lo enfrentaban con fariseos y sacerdotes. En Jerusalén, como en toda Palestina, muchos hombres estaban seguros de que la historia tenía que cambiar y se preparaban para ello, pero muy pocos, menos hombres aun que en aquellos caseríos de la costa, estaban dispuestos a ver en Jesús el instrumento de un cambio relevante. En Jerusalén había un dicho cuya veracidad parecía probada: “¿qué cosa buena puede salir de Galilea?”

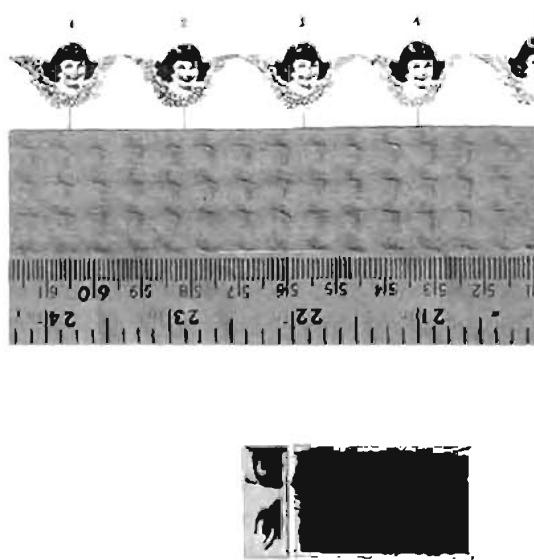
Es necesario tener en cuenta que los evangelios no son en realidad escrituras biográficas sino

textos en cuya urdimbre entraron el recuerdo y el olvido, los hábitos de la credulidad, los procedimientos de la imaginación simbólica, las estrategias, por fin, de una doctrina que como todas necesitó de argumentos contundentes. Pero quien busque, al fondo de esa urdimbre, el hilo delicado de una vida, no tardará en decirse que la batalla de Jesús fue librada con desesperación y que no podía tener otro destino que la derrota. El Templo era demasiado grande; los fariseos demasiado firmes en la interpretación de las Escrituras; los sacerdotes demasiado poderosos y demasiado necesitados de impedir la actividad de agitadores; las fuerzas de seguridad, las que respondían al Sumo Sacerdote tanto como las que obedecían al Procurador, demasiado activas en la vigilancia. Desde su arribo, desde su último arribo a Jerusalén, Jesús no pasaba las noches dentro de los muros de la ciudad pues se sentía cercado. Las narraciones evangélicas tratan de persuadírnos de que sus diarias discusiones terminaban en victoria pero el peso de los hechos termina convenciéndonos de lo contrario. Incluso, si leemos atentamente el episodio de la unción en Betania –retomado por los cuatro evangelistas–, así como el relato de la última cena, encontraremos que para entonces sus propios discípulos eran presa frecuente de la agitación y de la desavenencia, y que el afán polémico del Maestro se reproducía entre ellos de

manera funesta. Quizá la traición de Judas deba ser vista, antes que nada, como una deserción ocurrida en un pequeño ejército a punto de ser diezmado por el poder de sus enemigos y también por el asedio de sus propias emociones. Antes de que Jesús muriera ya ese ejército se había desbandado. Se había desbandado en el momento en que la policía vino por él en la noche y lo llevó a la casa del Sumo Sacerdote para que comenzaran aquellas horas que nadie sabría contar y que sin pausa lo condujeron a un final desastroso. Si Jesús miró a su alrededor desde la cruz, si en medio del tormento pudo ver, habrá visto que había unas mujeres que lloraban y que el resto era completa hostilidad.

El triunfo –y la transformación– de la iniciativa de Jesús comenzaría a gestarse al tercer día de su muerte, cuando una –o algunas– de esas llorosas regresó muy de mañana hasta el sepulcro y lo encontró vacío y se dio a un inconsuelo del que nada iba a sacarla, nada que no fuera una visión, estremecedora, absoluta, sobre todo capaz de convencerla de que el Maestro había resucitado. Entonces se pondría en marcha una energía emocional tan poderosa que pronto desbordaría las fronteras de Palestina para propagarse en las ciudades de la Diáspora y organizar, más bien desde esas ciudades, una religión que los siglos convertirían en lo que Renan –al comienzo de su célebre *Vie de Jésus*– define sin vacilaciones como “El acontecimiento capital de la historia del mundo”. Por obra de esa religión, nacida en el convergencia de tradiciones judías y de cultura helenística, la iniciativa de Jesús llegó a ser tan exitosa que hoy todos los hombres –aun los que pertenecen a civilizaciones no cristianas– deben aceptar que la historia del mundo se divide en dos segmentos cuya intersección se sitúa en el momento en que aquel singular galileo inició su incierto paso por la tierra. Convencional, oficializada, esta periodización no es intrascendente ni es del todo convencional: su simbolismo expresa el resultado de exhaustivas transformaciones que se sitúan en todos los niveles de la vida social y de la vida privada.

Para ordenar las transformaciones de la vida social el cristianismo dispuso que su jefe tuviera como sede la sede del Imperio y esa decisión paradójica lo instaló en el centro del poder. Tal



decisión en la que Jesús no hubiera sabido reconocerse no es desde luego lo que hizo del cristianismo un fenómeno singular. Acaso lo singular del cristianismo se refiere a la esfera de la vida privada, acaso la consecuencia más trascendente, y más legítima, de la iniciativa de Jesús es la transformación, verdaderamente revolucionaria, de la intimidad de los hombres. A veces a favor y muchas veces a pesar de las iglesias que comenzaron a administrarlo, el cristianismo fue una revolución moral y sobre todo emocional que tardó por lo menos tres siglos en programarse y varios más en expandirse y varios todavía para desarrollar su inmersión en la profundidad de la persona individual y —siguiendo el mismo movimiento— en la profundidad de la persona colectiva. Una revolución que, en muchos sentidos, no ha terminado aún. La iniciativa de Jesús, combinada con azares y necesidades de la historia, organizó una exploración de territorios que sólo habían sido aludidos por los mitos: el del deseo, el del dolor, el de la pérdida, el de la esperanza; incentivó también, por eso mismo, la experiencia de la discontinuidad —o de la conflictiva reunión— entre la pasión y la norma, lo dispersivo y lo gregario, las restricciones del sábado y los impulsos del hombre. Desde luego, esa iniciativa no puede explicarse sino en el vitalismo de las tradiciones judías pero ningún otro judío, acaso, las había interpretado como lo hizo él, o acaso ninguno encontró las circunstancias necesarias para que el estremecimiento causado por su vida y por su muerte se propagara con energía tan vasta e iniciara un recorrido tan pródigo en transformaciones.

El destino de Jesús fue como el de ningún hombre y fue también, como el de todos los hombres, un lugar de desencuentros. Quiso que los judíos entre los cuales se movió lo escucharan como a un profeta, pero esos judíos tenían una tradición que los había convencido de que ningún individuo hablaba la palabra de Dios porque Dios, desde hacía mucho tiempo, no se dirigía a ningún individuo para hacerle confidencias. Muchos, es cierto, esperaban el regreso de Elías y la convulsión que anunciaría ese regreso, ¿pero quién podía pensar que Elías regresara en la persona de un oscuro galileo? Así pues, con sus andanzas sólo alcanzó a sentar una precaria fama de curador, de

hombre alzado y palabroso. Más tarde, y muerto ya, judíos de lengua griega retomaron su nombre, pero eran gente demasiado exaltada o demasiado necesitada de la esperanza como para conformarse con la idea de que fuese apenas un profeta. En consecuencia reconocieron en él esa dignidad que ellos nombraban con una palabra que seguramente, desde su dialecto arameo, Jesús habría oído sin entender: *Kristós*. Más tarde aún, cuando el cristianismo comenzaba a proyectarse como una religión para gentiles, ya nadie podía conformarse con esa dignidad demasiado limitada al judaísmo. Jesús fue entonces el Hijo de Dios, es decir, Dios mismo. Un Dios extraño: había salido de una Virgen (cosa que sus discípulos, y aun el propio Pablo, no alcanzaron a saber) y sin embargo concordaría a las bodas con tal gusto que no faltó quien asegurase que era “hombre glotón y bebedor de vino” (Mt. 11, 19); comía y bebía como los demás, es cierto, pero sobre todo había padecido; había necesitado conocer todo el oprobio de la carne y llegar a su último temblor. Una criatura, pues, de naturaleza impensable: el Dios-hombre de una religión de poder universal a la que todos los pueblos —salvo, quizás, los judíos— debían convertirse.

Nadie es profeta en su tierra ni entre sus parentes, dicen que él había dicho en la sinagoga de Nazareth un día sábado durante el oficio. Si Jesús no fue profeta entre los suyos tampoco lo fue entre los ajenos puesto que ellos le dieron otra fama: la de Ungido —Cristo— y aun la de Unigéntito de Dios. Sabemos que no ser reconocido como profeta le inspiraba commiseración, impaciencia, también cólera. ¿Qué habría sentido si hubiese imaginado que una institución gentil, más poderosa incluso que el Imperio, promovería su piedad tan increíblemente que millones de hombres quedarían obligados a nombrarlo como Dios? Dado que era judío, se puede conjeturar que hubiera visto en aquella enormidad por lo menos un pecado de blasfemia (y la confirmación, sobre todo, de que los gentiles nada saben de las cosas de ese Padre). Pero a tantos siglos de distancia, después de tan formidables transformaciones, conjutar la opinión que sobre esta materia podría haberse formado un galileo se vuelve en realidad un ejercicio irrelevante.

